

Editorial

Benjamín Prado

La aparición en la editorial Tusquets de una nueva edición de *Aire nuestro*, la obra poética completa de Jorge Guillén, del primer tomo de la biografía de Luis Cernuda, escrita por Antonio Rivero, y de la poesía completa de Manuel Altolaguirre en Renacimiento y de Concha Méndez, editada por el Centro Generación del 27, ha devuelto a la actualidad a la generación de la República. No deja de parecer un contraste notable, eso sí, el modo en que esa Edad de Plata de nuestra cultura sigue interesando a los lectores y, en el otro extremo, la asombrosa invisibilidad en la que ha estado desterrado el autor de *Cántico* el tiempo que separa los cinco tomos de *Aire nuestro* que sacó Barral Editores hace tres décadas, de estos dos de Tusquets. Paradojas del combate entre cultura y mercado.

El regreso de Cernuda, Méndez, Altolaguirre y Guillén el bueno, según lo llamó Pablo Neruda para fustigar al cubano Nicolás Guillén, nos da pie a reflexionar una vez más sobre el supuesto milagro de la Generación del 27 y sobre la importancia de una buena política cultural. Porque aún hay quien prefiere creer en eso, en milagros, y pensar que si existen *Poeta en Nueva York*, *Sobre los ángeles* o *La realidad y el deseo* es gracias a la pura



H

casualidad de que Federico García Lorca, Rafael Alberti y Lina Cernuda naciesen, por la misma época, en Granada, Cádiz y Sevilla. Pero no, la verdad es que si existió Generación del 27 fue porque habían existido La República, la Institución Libre de Enseñanza, la Residencia de Estudiantes, las Misiones Pedagógicas y, por encima de todo ello, una gestión política que le daba a la cultura la máxima importancia y, le otorgaba un papel decisivo en la modernización del país. De esa idea fue de donde salieron los poetas citados y sus compañeros de promoción, Vicente Aleixandre, Pedro Salinas, Gerardo Diego o Emilio Prados, pero también filólogos como Dámaso Alonso, pintores como Maruja Mallo o Salvador Dalí, filósofos como María Zambrano, científicos como Severo Ochoa, novelistas como Francisco Ayala o María Teresa León, músicos como Joaquín Rodrigo... ¿No les parece eso demasiado azar a los defensores de los milagros?

La política cultural no consiste en repartir premios o subvenciones, sino en crear las bases necesarias para que el talento tenga la oportunidad de arraigar y la vocación se pueda volver una profesión. No hay más que indagar por encima la historia de la Generación del 27 para darse cuenta de que hay algo en lo que autores a veces tan distintos desde el punto de vista de la estética se parecían como gotas de agua: todos actuaban con la absoluta convicción de que su trabajo era trascendental, estaban seguros de la categoría social de su tarea. Eso, sin duda, explica que cuando la situación histórica lo requirió, muchos de ellos tomaran partido con tanta fuerza y tan en primera línea, como quien no duda de la jerarquía que pueda tener su trabajo en la vida del país.

La verdad es que siempre emociona tener en las manos libros como los dos tomos de *Aire nuestro* que acaba de sacar a la calle Tusquets, porque uno piensa en la cantidad de esfuerzo, vocación y respeto por la poesía que tiene que tener alguien para llevar a cabo una empresa de semejante calibre, sobre todo si lo hace con la precisión característica de los primeros libros de Jorge Guillén, cuyos poemas son de una exactitud y minuciosidad extraordinarias. También es digna de alabanza, naturalmente, la labor crítica del autor de la edición, Óscar Barrero Pérez, cuya tenacidad ha resucitado para todos nosotros a un poeta tan particular e irrenunciable como el autor de *Cántico*, *Clamor*, *Homenaje*, *Y otros poemas*, *Final*: las piezas que fueron formando este *Aire nuestro* ©

